

La claridad de la vida antes de la niebla

Tení un sabor amargo en la boca y la sensación de que algo caminaba moribundo por su memoria. Se miró el rostro en el espejo, como intentando ordenar y apaciguar de una ojeada las ruinas de la vida que había decidido tozudamente arrastrar. Héctor llamó a la puerta del baño, no dijo nada y no esperó contestación; sólo era un cotidiano gesto de aviso matinal. Sí, avisaba de su existencia escasa pero contundentemente. María volvió a mirarse en el espejo y se apretó ligeramente los pechos; sintió entonces que algo estaba a punto de fallecer y se asustó de aceptar ese pensamiento con la misma paciencia con que habría criado a un hijo, si lo hubiera tenido. Se vistió despacio mientras escuchaba el rumor que Héctor dejaba por la casa en su encuentro con la vida y, sentada en el borde de la bañera, lo supo mirando por la ventana del comedor, decidiendo si aquella era una mañana adecuada para salir a la calle. A Héctor no le gustaba quedarse solo y María deseaba que aquella mañana él tuviera algo que hacer fuera de casa. Cuando salió del baño, Héctor, desde la ventana sobre la que continuaba apoyado, comprobó con cierto sobresalto que María seguía siendo una hermosa mujer. La miró de nuevo, casi con asombro y, como si los dos entendieran que algo debía ser aplazado, continuaron caminando por la mañana, con cuidado de no hacer nada desconocido.

Pero Héctor ya había decidido no salir y deambuló intentando adquirir con cierta pereza, pero tenazmente, la entidad del hombre que creía ser. La mañana se había desperezado despacio, cubierta de un cielo bajo y lluvioso. Amontonó papeles y colocó libros; pero, a pesar de que había decidido resolver la correspondencia atrasada, continuaba teniendo un enorme deseo de no haberse levantado todavía.

María seguía sin decidir nada, pero deseaba con escozor salir de casa, o cambiar los muebles de sitio, o recorrer los armarios, o decirle a Héctor

toda la verdad, incluso la que ni ella misma conocía, ésa especialmente. Sin embargo fue a la cocina a preparar café: a fin de cuentas también tenía ganas de tomar café. Sin pensar en nada en particular esperó a que la cafetera estuviera hirviendo y le llevó una taza a Héctor; estaba sentado frente a sus papeles intentando desprenderse de la espesa saliva que el sueño le había dejado y que le impedía moverse con soltura por el comienzo de aquel día. Sin decir nada, María dejó la taza sobre la mesa —se miraron con cierta dosis de amor real y retrospectivo— y regresó a la cocina acariciando las paredes blancas del pasillo con las puntas de los dedos. Miraba por la ventana; el día continuaba apagado, pero se resistía a encender la luz tan temprano. Todo estaba en penumbra y el café sabía a tarde y el pan a merienda. Sin demasiado desasosiego intentaba averiguar qué era lo que en su conciencia estaba al borde de la muerte. Miró la humedad que el hervor de la cafetera había dejado en los cristales. Con un ligero escalofrío pensó entonces que aquello más que una muerte tenía sabor y olor de entierro, de entierro que había comenzado años atrás, de entierro que había elegido aquella mañana para regresar con su cortejo fúnebre, para recordar que había habido el valor para asesinar, pero no el de echar tierra sobre el cadáver. Las palabras sonaron como un sermón contra el vaho de los cristales y le dio un ahogo de risa ante su propia solemnidad. Sin embargo seguía tranquila, con la tranquilidad que da el cansancio. Volvió a mirar por la ventana; se imaginó paseando sin ningún lugar al que llegar, como si aquello fuera un acto liberador, casi descarado. Se levantó despacio y, todavía con la taza de café entre las manos, paseó por la casa hacia el despacho de Héctor. Se quedó mirándolo desde la puerta, espíandolo, y aunque se avergonzó un poco de ese gesto de amante en los primeros tiempos, no fue capaz de moverse. Allí, de pie, sin que Héctor advirtiera su presencia, miró hacia la biblioteca, tras la arcada que dividía el cuarto en dos, y vio el tren. «¿Recuerdas, Héctor, aquel viaje que hicimos poco antes de casarnos...?». Y no cambió la vista de sitio, siguió mirando aquel tren que se acercaba desde algún lugar entre Lisboa y su casa.

(Héctor dejó caer las manos sobre la mesa y, en una fracción de segundo, se hundió desde una enorme distancia en el espeso líquido de su memoria. Supo que ya no la podía hacer callar.)

Hacia casi tres años que vivían juntos, cuatro que se conocían y casi uno que ninguno de los dos quería hablar demasiado alto de su vida en común. Aquella noche cenaban despacio, ejecutando con cierta destreza la coreografía de lo cotidiano que, desde el inicio de aquel día, les estaba costando un poco más. Entre la carne y las naranjas, con un pequeño tem-

blor en la voz, María dijo que pensaba irse unos días fuera de casa. En realidad hacía tiempo que deseaba salir sola, tomar un tren y pasar unos días en un hotel; no sabía si eso conduciría a algún lugar, y no le obsesionaba tanto ese lugar como el hecho de irse sola. Al principio, Héctor no dijo nada y continuó cenando mientras intentaba encontrar razones que explicaran los deseos de María y la molestia, como un remoto escozor, que a él le producían esos deseos. Sin embargo, no pudo esperar hasta encontrar la respuesta. «¿Y es absolutamente necesario que te vayas? Si crees que es necesario, hazlo, pero si no, yo preferiría que no te fueras». «En realidad no es necesario, pero quiero hacerlo».

María no quería dar más explicaciones, ni suplicar. Supo que eso dañaría a Héctor, y también supo que desde algún rincón oscuro de su alma el tono de su voz había sido arrojado contra Héctor, que desde ese rincón ella le había arrojado no sabía qué culpa; y Héctor la había sentido, había masticado aquella culpa de puro densa. Sin embargo, María no hizo ningún gesto curativo y sintió, con algo de náuseas, que había ganado un terreno que ya no podía perder. Héctor, que continuaba sin encontrar respuesta a la ira que le producía aquella situación, hizo una pequeña pirueta y se dijo que tal vez estaba celoso, irracional e injustamente celoso y, con una brizna de culpabilidad en los bolsillos, se afanó entonces por ocultar aquella media verdad. «Creo que si tenemos algún problema es mejor hablar ahora. Me parece que tu viaje no va a arreglar nada».

Pero en el silencio que se producía entre bocado y bocado, entre trago y trago, entre mirar a la mesa y a la pared, se oía el rumor de otra conversación y se podía rozar aquello a lo que era imposible poner palabras. Porque en realidad no ocurría nada que fuera explicable, nada que se pudiera entender sin caer en el vacío y, aunque Héctor lo intuía, esperaba que María tuviese alguna respuesta o que se avergonzara de no tenerla. A pesar de que ninguno de los dos era capaz de curarle las heridas al otro, se miraban como si una delicada niebla lo hubiera emborronado todo, despacito, desde un remoto mar del que ya nadie recordaba ni el color, pero como si los dos recordaran y, sobre todo, añoraran la claridad de la vida antes de la niebla. Así, a encontronazos y golpes sordos, abrían agujeros que no tenían fondo y que después ninguno de los dos era capaz de cerrar. Y María, entre la niebla y los agujeros, se había acurrucado como un ovillo en el sillón y lamentaba haber comenzado aquella conversación. Se tocaron, besaron y lamieron, esperando que ése fuera el último rincón en el que la vida no les hablara de la muerte, al menos no a gritos. Lluve demasiado, pensó María, mientras se levantaba hacia la cocina. Miró los restos de la cena sobre la mesa, el comedor a oscuras, la ciudad cuatro pisos más abajo, e intentó encontrar en aquella repentina tromba de agua alguna

señal descifradora. Sentada en el suelo de la habitación espiaba el sueño de Héctor, aparentemente sosegado, y se sintió asombrada ante su insaciable esperanza.

Por eso, el tren iba camino de Lisboa, aunque ellos retenían su entusiasmo por pudor y por prudencia; habían establecido un acuerdo de silencio sobre la noche de lluvia y se marcharon sin decirle nada a nadie. María miraba por la ventanilla del tren; intentaba fijarse en la luz de la tarde, en el color de los campos, en los árboles esparcidos, deseando aprehender el ritmo pausado y exacto de la naturaleza. Miraba procurando llenarse los ojos y no recordar, o no pensar, o no intuir. Pero, de tanto en tanto, apreciaban en su mirada pequeñas casas abandonadas, pequeñas casas de piedra con los cristales rotos y las puertas abiertas. Héctor estaba leyendo, había estado leyendo durante todo el viaje; a veces le leía párrafos a María, entusiasmado con cada hallazgo. Pero a ella la cara le ardía como si tuviera fiebre. Aunque lo intentaba, no podía ver otra cosa que aquellas casas medio derruidas. Recordaba a Héctor dormido después de amarla, se miraba las manos y no podía imaginarlas en otro lugar que no fuera el cuerpo de Héctor. «Debemos dejarlos aquí, en una de esas casas; es la única forma de que podamos seguir viviendo juntos. Si no, ellos se van a quedar con nuestras vidas. Héctor, yo ya ni quiero ser cruel contigo y si lo dejamos tal vez no haya que morir todas las muertes todos los días». A Héctor le dolían las manos de apretar los brazos del asiento del tren. No tuvo tiempo de entender lo que María decía, ni de averiguar si tenía o no razón, pero oscuramente supo que deseaba el abandono tanto como ella, desde mucho tiempo atrás, y que si no lo había cometido antes era por no estar seguro de la complicidad de María. No fue fácil: aquellos seres no querían bajar del tren; suplicaron, lloraron, no era justo, ellos no eran culpables. Se aferraron a la escalera, pero todo fue inútil: María y Héctor empujaron con los pies cuando fue necesario.

(Así llegaron a la casa de puertas abiertas, sin cristales y con un desvencijado jardín. Pausadamente comenzaron a habitar aquel lado de la oscuridad, mientras el gato contemplaba la escena disfrutando del último sol cálido de aquella tarde de octubre.)

María y Héctor nadaron en un sueño profundo durante el resto del viaje. El tren entró despacio en la estación y ellos entraron en Lisboa con menos equipaje del que llevaban al salir de casa. Lisboa tenía el color de la memoria. Caminaban por sus calles con la convicción de que habían rescatado